

EN DEFENSA DE LA VERDAD. *FIDES ET RATIO**

LOURDES FLAMARIQUE
Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra

In defence of truth. *Fides et Ratio*

In the *Fides et Ratio* two images are used to describe man's search for truth: the image of the path and the image of flight. The desire to know marks the starting point of a trip man must embark upon towards the Truth that gives meaning to his existence. That ultimate truth takes up its place in history as something universal that gives meaning and fulfilment to all the specific points in time. The truth of human existence includes God's creative act and the fulfilment that man is called to. The truth of man cannot be the fruit of a self-sufficient exercise of reason. Reason follows its genuine vocation in equilibrium with the contribution of supernatural faith under the inspiration of revealed truth.

En el camino de la verdad

Hay un camino, el de la búsqueda y conocimiento de la verdad, donde tiene lugar el encuentro del hombre consigo mismo, se afirma en los primeros párrafos de la Encíclica *Fides et Ratio*. La imagen del camino presenta el alcance progresivo de la verdad. Hoy día, casi como rasgo característico del mundo contemporáneo, tenemos conciencia clara de que la empresa del saber se dilata en el tiempo; la búsqueda de la verdad ha convocado y sigue convocando a la humanidad en un esfuerzo común que, junto con la universalidad de la fe cristiana, se ha revelado el más idóneo para asegurar la unidad esencial del ser humano en el horizonte de la diversidad cultural e histórica que recoge todas las formas de lo humano. Se trata, además, de una unidad por la participación en el saber y la fe que ha animado la comprensión e identificación del hombre con su ser personal.

* La clasificación por epígrafes ha sido establecida por el Editor (*N. del E.*).

Sin duda alguna, esto no ha sucedido de manera casual. El esfuerzo por formalizar de manera universal los conocimientos, por presentar las leyes que rigen el pensamiento y lo rescatan de la particularidad de la experiencia individual o del sustrato cultural es, tal vez, la contribución más notable de la filosofía a la cultura occidental. El carácter sapiencial de la filosofía (que en cierto modo es un saber sobre casi nada) no anula el signo temporal de la indagación humana que busca conocer la naturaleza de todo lo que le rodea. El recurso a los principios universales del saber para confirmar la certeza y la verdad de los conocimientos (tarea que realiza la filosofía desde su inicio), permite entrever la perenne validez de un lenguaje conceptual y –a través suyo– la conmensurabilidad de los sistemas de pensamiento, de las distintas ciencias y, por qué no, de los lenguajes. Como apunta también Juan Pablo II en la Encíclica, un argumento contrafáctico para quienes sostienen que la verdad es una ilusión de la cultura occidental, sería la referencia a la tradición como un patrimonio común y su valoración como una forma de conocimiento. La tradición, de la misma manera que la imagen del camino, testimonia la tarea siempre prosequible de conocer, de alcanzar la verdad sobre las cosas. Igualmente nos sitúa en la continuidad histórica de ese empeño, por lo que “se podría decir que pertenecemos a ella antes y no podemos disponer de ella como queramos”¹.

La imagen del camino despeja la tentación de entender el conjunto sistemático del saber como un desarrollo que culmina según reglas intrahistóricas; además, corrige la inclinación a identificar un sistema y una formulación lingüística de las verdades disponibles con una altura histórica que detenga el caminar hacia la verdad. Todo lo contrario. El camino invita a seguir caminando.

Esto mismo es lo que hace principalmente la *Fides et Ratio*; en la medida en que recuerda el comienzo siempre originario del camino como el *deseo de saber* que acucia a todo ser humano, afirma la índole existencial de la búsqueda de la verdad e indica una dirección que viene impuesta necesariamente con el comienzo del caminar. La meta del camino sólo la puede determinar *lo mismo* que nos impulsa a caminar. La Encíclica subraya así cómo el encuentro progresivo con la verdad se ha desarrollado dentro del horizonte de la autoconciencia personal: cuanto más conocemos la realidad y el mundo, más se conoce a sí mismo el hombre en su unicidad. Se despierta con mayor claridad la meta del caminar y el hombre incorpora los conocimientos alcanzados, descubriendo su íntimo anhelo: el hombre es conocedor de sí mismo².

1. *Fides et Ratio*, n. 85c.

2. Cfr. *Fides et Ratio*, n. 1a.

El “vuelo” hacia la verdad

Sin embargo, como contraste a ese crecimiento, el ser humano experimenta una radical insatisfacción. La nostalgia del sentido está en el origen del saber como deseo (es su sinónimo) y se advierte a lo largo del camino como nostalgia de la verdad definitiva, del sentido pleno que lleva a acuñar la expresión que recoge también la Encíclica: el hombre es un enigma para sí mismo.

Como anticipándose a esta idea, en las primeras páginas de la *Fides et Ratio* se proponen dos imágenes para la aventura humana del conocimiento de la realidad y de la captación del sentido de las cosas y de la propia existencia. He mencionado ya una de ellas, la del camino; la otra introduce en ese viaje tan esencial a la condición humana la inspiración de la fe, precisamente como respuesta a la búsqueda del sentido de la propia existencia.

“Fe y razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad”³. La imagen del vuelo sugiere el equilibrio y la altura. Apunta, además, algo a lo que el texto pontificio vuelve más tarde: no puede faltar una de las alas pues en ese caso se pierden tanto el equilibrio como la altura.

Se trata de dos alas de naturaleza diferente, que se distinguen por la envergadura, la amplitud y la fuerza. Precisamente la conciencia europea ha advertido con claridad la diferencia entre una y otra, entre la razón y la fe; ante esa desigual condición unas veces ha mostrado orgullo, y otras vergüenza.

Así pues, en los primeros pasajes de la Encíclica se reconocen estas claves fundamentales de la reflexión que nos ofrece el Papa. De acuerdo con la primera, la existencia del hombre es un camino de búsqueda de la verdad sobre sí mismo. Por ello, la conciencia de que la verdad alcanzada es sólo una etapa hacia la verdad plena discurre paralelamente a la certeza de que lo que está en juego es hacer cada vez más humana la propia existencia. La segunda clave propone que la búsqueda de la verdad exige el impulso de la razón y la fe; es decir, la verdad no se encuentra únicamente a través de un pensamiento riguroso y del carácter orgánico de los contenidos, por el que éstos se abren siempre a conocimientos nuevos; el deseo de saber alcanza su significado pleno en la Verdad última sobre la vida del hombre que, como recuerda la Encíclica, define la misión de la Iglesia.

Quiero subrayar que en la conexión de estas dos claves la *Fides et Ratio* acepta formulaciones genuinas de la filosofía moderna y lo hace

3. *Fides et Ratio*, n. 0.

precisamente para apelar a la complementariedad de razón y fe: me refiero a la insistencia en el carácter existencial del conocimiento humano y, también, en el movimiento reflexivo que acompaña el descubrimiento de las leyes naturales (y hace de ellas el contraste necesario de la presencia de la ley en la conciencia humana). En ese mismo sentido es claramente moderna la denominación de ciencias del espíritu que se aplica al estudio de las formas en las que se ha manifestado y concebido el hombre en su relación teórica y práctica con la realidad.

El doble impulso hacia la verdad, a través de las dos alas, trasluce precisamente que lo que nos va en ello es la comprensión de nuestra condición y el sentido de nuestra existencia; la finitud y parcialidad del conocimiento humano deben ser equilibradas con el saber de la fe. No es un sistema científico el que se opone a otro, sino una respuesta siempre incompleta por el sentido de la vida humana la que es medida y alentada desde la plenitud del sentido de la Verdad revelada.

Una consecuencia imprevista, aunque también ilegítima, de la misma filosofía reflexiva es el historicismo, esto es, la reducción de la verdad a un horizonte cultural, lingüístico o científico. Apunto que es una consecuencia ilegítima también a partir de la lectura que hace la Encíclica de las diversas formas de la verdad y de la diversidad de respuestas con las que el ser humano ha tratado de resolver su nostalgia por saber.

Verdad e historia

De este modo la Encíclica incide en un problema central en la actual discusión filosófica: la relación de verdad e historia. Si algo repugna la mentalidad postmoderna es la pretensión de la fe de contener una verdad que trasciende la historia. La tendencia a hablar de verdades o posiciones igualmente válidas, cuando no a considerar la cuestión de la "verdad" como un conflicto lingüístico propio únicamente de una cultura logocéntrica, refleja el vacío que deja tras de sí la pretensión racional de alcanzar un saber absoluto. Esa desconfianza en la verdad es la que quiere deshacer la Encíclica⁴.

Si la filosofía deja de reflexionar sobre la verdad, la Iglesia encuentra dificultades en el núcleo de su misión. Ella es depositaria de la Revelación que es Jesucristo, es decir, tiene la misión de anunciar abiertamente la verdad⁵. Por tanto, la transmisión y adecuación de la verdad última, es decir, el testimonio de la verdad sobre el hombre que realiza

4. *Fides et Ratio*, n. 5c.

5. *Fides et Ratio*, n. 6a.

la Iglesia, depende de que la filosofía recupere su vocación originaria a la búsqueda de lo verdadero que desarrolla en la historia⁶. Esta vocación se ha oscurecido tras siglos de predominio de la investigación de las condiciones del conocimiento verdadero; actualmente asistimos a una nueva forma de escepticismo que resulta de la casi obsesiva atención del pensamiento occidental a la cuestión del método y de la objetividad científica.

La Encíclica no pone en duda la compatibilidad de las verdades de la fe y las verdades contenidas en el lenguaje conceptual humano. “Los dos órdenes de conocimiento conducen a la verdad en su plenitud. La unidad de la verdad es ya un postulado fundamental de la razón humana, expresado en el principio de no contradicción”⁷. El binomio verdad e historia plantea el acceso parcial del hombre a la verdad que contribuye a su plena realización, y hace del deseo universal de saber un trasunto de la nostalgia que cada hombre descubre existencialmente. El ser humano necesita una certeza que guíe su camino y confirme la comprensión de sí mismo alcanzada; una certeza que anime su pensamiento con nuevos enfoques que iluminen las formas de la cultura. Curiosamente el pensador actual que desconfía de la idoneidad de la razón humana para el conocimiento de la verdad, recela mucho más de la fe, que se presenta como el saber definitivo sobre el hombre, porque con ello se convierte en horizonte sapiencial de los saberes y desautoriza a la razón como garante única de la verdad de los conocimientos; esa misma razón que antes ha desahuciado al escéptico por el hecho de estar *encarnada culturalmente*.

El signo temporal de la existencia humana establece una relación entre verdad e historia que obliga a la Verdad a dar sentido también de la dimensión histórica del saber. En esa misma medida no sorprende que la fe proponga una verdad que trasciende la historia, al mismo tiempo que aprecia en ésta todas las formas de expresión. La Revelación introduce en la historia una verdad universal y última que induce a la mente del hombre a no detenerse nunca; antes bien, la empuja a ampliar continuamente el campo del propio saber⁸. Se advierte fácilmente que la Encíclica arriesga cuando defiende que hay una correspondencia estructural entre verdad última e historia y no una oposición. La Revelación es la Palabra (la Verdad) que habla al hombre y confirma el progresivo desarrollo de un lenguaje conceptual. La Revelación acredita el lenguaje humano, pese a sus límites; es decir, confirma que “con su lenguaje histórico y circunscrito el hombre puede ex-

6. *Fides et Ratio*, n. 6c.

7. *Fides et Ratio*, n. 34.

8. *Fides et Ratio*, n. 14b.

presar unas verdades que trascienden el fenómeno lingüístico”⁹. Se podría seguir con la Encíclica y afirmar que toda verdad trasciende la significación lingüística en un sentido, y esto se reconoce también en la convertibilidad de todos los lenguajes.

De la misma manera la verdad, que se conoce en la historia, supera la historia misma como condición de ésta. La continuidad de una misma inspiración y el esfuerzo por lograr criterios de universalidad son inseparables del pensamiento humano en todas sus formas y sugieren, de otro modo, esa correspondencia estructural entre verdad e historia, en la que se apoya la intelección de la fe y la credencialidad del saber humano.

Con ello volvemos a lo que expresa la imagen del comienzo: razón y fe son como dos alas con las que se eleva el hombre a la contemplación de la verdad.

Los últimos siglos han dado ejemplos del desequilibrio entre ambas, y con frecuencia se hacen notar las consecuencias que el desprecio de la fe trae tanto para la filosofía como para el resto de las ciencias. Tampoco silencia la Encíclica las dificultades y tropiezos de la teología si prescinde del impulso y los conocimientos de la filosofía.

La búsqueda equilibrada de la verdad

El vuelo equilibrado y ascendente, que promete la colaboración de ambas, no debe garantizar simplemente que los contenidos de la fe son consistentes con las formulaciones de las ciencias que parten de la experiencia, aunque también esto sea preciso y no de poca monta, pues la verdad es una. Se trata, ante todo, de que la fe ilumine el oficio del buscador de la verdad y aliente el conocimiento en todos los campos, en la misma medida en que confirma la participación del hombre en la auténtica sabiduría. “Las culturas cuando están profundamente enraizadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia”¹⁰.

Todo esfuerzo del hombre por alcanzar la verdad *deja entrever la tensión hacia la plenitud*. La fe pone rostro a esa plenitud y, con ello, aleja las zozobras de la búsqueda histórica del sentido de la existencia. La fe responde al enigma del ser humano y lo presenta como misterio que el hombre debe acoger como una novedad radical¹¹. La verdad sobre sí no

9. *Fides et Ratio*, n. 95b.

10. *Fides et Ratio*, n. 70c.

11. *Fides et Ratio*, n. 23b.

puede ser simplemente el resultado de un proceso en el que está involucrada toda la humanidad, a la manera de una totalidad que se realiza a través de los singulares. La verdad sobre el hombre tiene que incluir el acto creador de Dios y la plenitud de la existencia a la que está llamado, porque la experiencia original que el hombre tiene de sí mismo es la de su interrogación existencial y el deseo de verdad. La respuesta no puede ser fruto de la misma actividad que nace ya con un encargo, a saber, la búsqueda del sentido de la propia existencia. La verdad última sobre el hombre no puede ser el resultado final de un desarrollo autorrevelador, ni tampoco la sabiduría de la fe puede ser plenamente adecuada a la formulación incompleta de todo lenguaje. La verdad revelada exige la fe; pues sólo la fe permite penetrar en el misterio, favoreciendo su comprensión coherente¹².

Señalaba antes que la Encíclica reclama la colaboración de la filosofía como un conocimiento sapiencial insustituible con el resto de los saberes. Como es sabido, en su itinerario moderno la filosofía ha concentrado sus problemas en la indagación de los límites y el alcance del conocimiento humano, de las garantías formales de la certeza y de la verdad; pero esto le ha llevado también a reconocer que la búsqueda de la verdad compromete la existencia del hombre como ninguna otra actividad humana lo hace. La filosofía de la reflexión ha entendido que la razón confiere al hombre una posición singular en medio de los otros seres; sin embargo, esta condición no deja de ser un enigma cuya resolución promete el señuelo de una verdad plena. Las “filosofías de la subjetividad” (o fenomenologías del espíritu) han contribuido decisivamente a desvelar la situación aporética en la que termina una racionalidad autosuficiente. Además han puesto nombre a la pregunta que inquieta al hombre, y especialmente al hombre moderno deslumbrado por la potencia de la libertad y la razón: quién soy y cómo se puede asegurar el éxito en la tarea de llegar a ser *quien ya era*. La conciencia de la dimensión personal, o del carácter existencial, de la búsqueda de la verdad ayuda a una mejor comprensión de las relaciones entre la fe y la razón. Este mérito es de la Encíclica, que nos presenta un marco mucho más comprometido para las relaciones de filosofía y teología: el de la conciencia personal.

Verdad e historia están en la naturaleza de las cosas, se podría concluir con una conformidad algo resignada. Por ello, la fe y la razón han de ser invocadas a la par en el camino del conocimiento. Con esa seguridad el texto pontificio repasa las corrientes filosóficas contemporáneas, como quien reconoce en ellas un patrimonio común a la misión

12. *Fides et Ratio*, n. 13a.

de la Iglesia. La filosofía de la conciencia pertenece a ese camino del hombre y no es ajena al impulso de la razón y de la fe. Sí, también de la fe, aunque en ocasiones esto pase inadvertido por el griterío de quienes reclaman licencia para no pensar con radicalidad.

La Encarnación inaugura un tiempo nuevo pese a todo intento de prescindir de la Verdad que existe para siempre y desde siempre. La filosofía después de la venida de Jesucristo es, en cierto modo, inevitablemente cristiana. Y ya antes lo era, según otra perspectiva. La inspiración de la verdad revelada o su negación (que ha sido otro modo de tenerla presente) ha sido fecunda; las distintas posiciones filosóficas insisten a su manera en la sed de verdad del hombre.

La Encíclica reconoce en la situación actual de la filosofía una herencia rica, con numerosos campos científicos (lógica, filosofía del lenguaje, epistemología, antropología, filosofía de la naturaleza, el análisis de la afectividad, el acercamiento existencial a la libertad) que reclaman un horizonte sapiencial. Pese a que algunas corrientes filosóficas quieren convencernos de la *debilidad congénita* de la razón, nuestra época, en la misma medida en que dedica tantas energías al conocimiento y ha hecho de la educación un sinónimo de la dignidad humana, sostiene en la práctica que “nadie puede permanecer sinceramente indiferente a la verdad de su saber. Si descubre que es falso, lo rechaza; en cambio, si puede confirmar su verdad, se siente satisfecho”¹³.

Juan Pablo II anima a profundizar en el deseo de verdad que es la razón de ser de la filosofía, con la seguridad de que esto contribuye a despertar la conciencia del doble impulso en la búsqueda de la verdad. De que la filosofía recupere su vocación específica y muestre al hombre como capaz de verdad depende su función rectora de la cultura. Ahora bien, depende también algo mucho más decisivo, a saber, que cada hombre disponga de las condiciones racionales para comprender su familiaridad con el anuncio de la fe que presenta a Jesucristo como “Caminos, Verdad y Vida”¹⁴; es decir, como respuesta y cumplimiento de la existencia de todo hombre.

13. *Fides et Ratio*, n. 25a.

14. *Jn*, 14, 6.